

DON Alonso de Ercilla, soñador y poeta, viajero y heroico, con ansia hispánica de horizonte, de gloria y de aventura, ve la luz en Madrid el día 7 de agosto de 1533.

Fué uno de los excelsos ingenios que en nuestras torrenciales centurias décimosexta y séptima, sirvieron al Imperio aunando las armas y las letras. De entre el lírico Garcilaso, el dramático Lope, el novelista Cervantes, el cronista Bernal Díaz del Castillo y el épico Ercilla, sólo los dos últimos hablan de «cosas de América». El cronista de la conquista de Nueva España no abandona la prosa de rudo acento militar. El cantor de «La Araucana», se remonta épicamente, con sus versos eternos, hacia la obra de valor universal.

Fué hijo don Alonso del notable jurisconsulto Fortún García de Ercilla y de doña Leonor de Zúñiga, señora de Bobadilla y procedente de la casa que produjo las de Béjar, Miranda y Nieva.

Durante algún tiempo, Madrid, capital de la España Imperial, y Bermeo, cabeza del Señorío de Vizcaya, se disputaron —¡oh, viejas disputas por la patria de los poetas!— el galardón de su cuna. Sostenían éstos su opinión fundándola en procedencia familiar, ya que don Martín Ruíz de Ercilla, abuelo del autor de «La Araucana», nació en la villa vasca Y don Alonso así lo hace constar en el canto XXVII, octava 30 de su poema, al decir:

Mira a Bermeo cubierto de maleza,
Cabeza de Vizcaya, y
sobre el puerto,
los anchos muros del solar
antes fundado que
la villa.

Los padres del poeta fijaron su residencia en Madrid por desempeñar cargos en la Corte del Emperador. En la villa madrileña nació don Alonso y «en la antiquísima y mezquina parroquia de San Nicolás fué bautizado el famoso poeta y guerrero», según nos dice Mesonero Romanos en «El antiguo Madrid». Huérfano de padre cuando contaba un año de edad, su madre, doña Leonor, se embarcó en largo pleito, que le ocasionó la pérdida del Señorío de Bobadilla, incorporado desde entonces a la Corona. En parte para resarcir a la familia de tan grave pérdida, y en parte por la gran estimación en que a Fortún García de Ercilla tuvo siempre el César, confirió a la madre de don Alonso el cargo de Guarda Mayor de la Infanta doña María.

Ercilla fué creciendo y aprendió las primeras letras y el latín, y, siendo aún muy niño, entró de paje al servicio del príncipe don Felipe, completando, durante estos años, sus estudios y educación.

Don Alonso cumple los quince años y acompaña al heredero de la Corona en el viaje de éste a Flandes, para tomar posesión del Estado de Brabante.

Durante tres largos años Ercilla paseó su altivez de hidalgo español y su curiosa e insaciable mirada de adolescente por lo más exquisito del amplio mirador europeo, bebiendo el dulce veneno del cambio de horizontes. El Kaleidoscopio renacentista —humanista, guerrero, vital— ha penetrado con su gama potente en la medula del joven, que en 1551 regresa a España con la principesca comitiva. Poco tiempo permanece inmóvil. El inquieto don Alonso obtiene permiso para acompañar a su madre, que forma parte del séquito con que Maximiliano de Austria y su esposa doña María se dirigen a sus reinos de Bohemia.

Ercilla recorre en esta segunda salida Austria-Hungría y varios países más.

A su regreso a Castilla se incorpora a su cargo en la Corte, y en 1554 acompaña al Príncipe don Felipe, Rey de Nápoles y viudo ya de doña María de Portugal, en su viaje a Inglaterra.

El Príncipe, al frente de una flota de ciento cincuenta navíos, se dirigía a las costas inglesas para contraer matrimonio con María Tudor, Reina de aquellas tierras por fallecimiento de su hermanastro Eduardo VI.

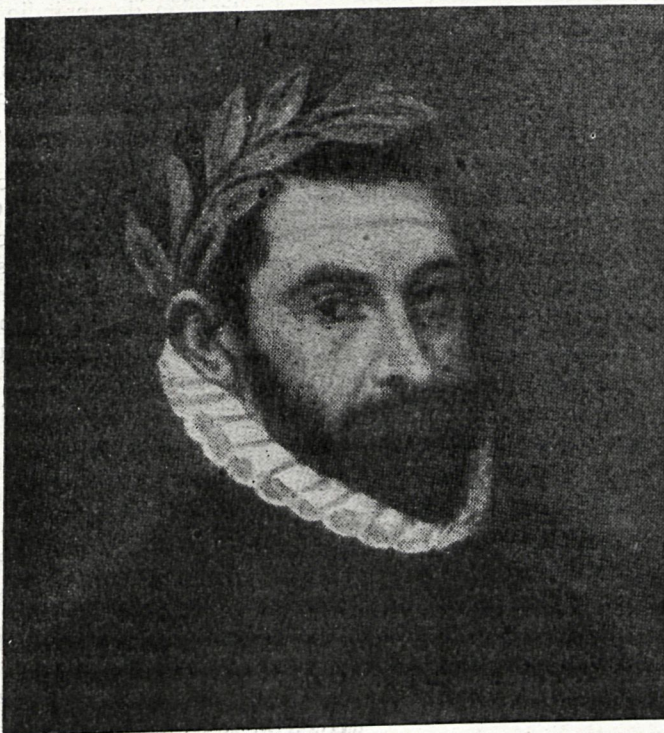
La boda se celebró con gran pompa en la catedral de Westminster, y el Príncipe español, con veintiocho años de edad, buena presencia y afable trato, consiguió atraerse a sus nuevos súbditos. El séquito del joven Rey se formó con personajes de la más alta y rancia nobleza española,

que, por su altivo y señorial porte, y por su riqueza y boato, causó extraordinaria impresión en el pueblo británico. Durante la estancia en Inglaterra llegan nuevas de guerra en Perú y en Chile. La primera ha nacido de la deslealtad de Francisco Hernández de Girón, alzado en armas contra el Poder constituido. La de Chile se origina por el ansia de independencia de los araucanos, matadores del Gobernador Pedro de Valdivia.

Es la llamada de América. ¿Qué juventud ansionsa de aventura es capaz de resistirla en el siglo de Esplandían?

Don Alonso, joven, inquieto, cortesano, viajero, lleno de vida y de impulso, quiere bruñir con hazañas guerreras el lustre de sus apellidos. No habrá mejor escenario para su espíritu fino y varonil, porque la gran aventura americana es para aquellas generaciones el torbellino dorado irisado, del que se desprenden cuarteles de blasón sobre esce-

Hombres ilustres de la Provincia de Madrid



Don Alonso de Ercilla y Zúñiga, soñador y poeta, viajero y heroico, Caballero del Hábito de Santiago y Gentilhombre de Cámara de la Sacra Imperial y Cesárea Majestad de Carlos I

narios de leyenda. Nadie recuerda la «Noche Triste». América es una escalofriante y cautivadora teoría de mares de turquesa, de costas y selvas cegadoras de verde y de misterio; de desnudeces de caoba, de guerreros de bronce y vírgenes del sol; de ríos como mares y de flechas enherboladas; de volcanes que humean su cráter a alturas de vértigo, luego de haber traspasado y hendido con el colmillo de su cima inaccesible la espuma blanda y dócil de la nube; América es el secreto, el oro y la aventura. Y coronando el retablo mágico, gesticulan violentos y animadores, con grandes voces de gesta, Amadís de Gaula y Palmerín de Inglaterra, Tirante el Blanco y Reinaldos, de Montalbán.

Ercilla va a América a cumplir su destino, y sobre la hoja de cuchillo que es el mapa de Chile danzará la ronda implacable de guerra y de muerte. Figura gigantesca en el sangriento ballet, el áureo metal de sus versos enriquecerá con un eterno damasquinado la daga chilena.

Parte de Sanlúcar de Barrameda el 15 de octubre de 1555, acompañando a Jerónimo de Alderete, que habiendo sido designado para sofocar la rebelión en Chile, hacia aquellas tierras se encaminaba. Alderete muere durante la travesía, cerca ya de Panamá, y Ercilla continúa el viaje hasta Lima.

La misión encomendada a Alderete es transferida a don García, hijo de don Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete y Virrey del Perú. Don García, con los españoles que iban a hacer la guerra en Chile, embarca en El Callao rumbo al Sur. A ellos se ha unido don Alonso de Ercilla.

Durante la navegación un terrible temporal hace que los expedicionarios se consideren perdidos, al presentarse como inevitable la destrucción de la nave contra los escollos. Ercilla relata el caso en el canto XVI, octava 11:

*La confianza y ánimo más fuerte
al temor se entregaban, importuno:
que la espantosa imagen de la muerte
se le imprimió en el rostro a cada uno.
Del todo ya rendidos a su suerte,
sin esperanza de remedio alguno,
el gobierno dejaban a los hados,
corriendo acá y allá desatinados.*

Un providencial golpe de mar devolvió al piloto el mando de la nave, y éste pudo cambiar el rumbo, salvándose barco y tripulantes, que, finalmente, desembarcaron en el puerto de La Concepción.

Allí permanecieron por espacio de cuarenta días y recibieron un primer mensaje de los indios en tonos pacíficos. Cansados de esperar unos refuerzos que por tierra debían llegar y que no llegaban, resolvieron fortificarse en el territorio sublevado. Ciento treinta hombres partieron para la espeluznante expedición y entre ellos, no es preciso decirlo, el buen don Alonso, siempre en demanda de un más allá honroso y emotivo.

Los españoles levantan el fortín de Penco, que pronto fué cercado y atacado por una hueste de 8.000 araucanos. La indiada se bate bien contra los 130 colosos. Estoicismo indio de desprecio al dolor, contra estoicismo hispano de indiferencia ante la desesperanza. Vence Séneca. La horda se estrella contra el tesón heroico y 2.000 guerreros cobrizos esmaltan con su muerte el suelo chileno, donde rebotan los gritos de victoria en lengua castellana.

Arde la guerra en Arauco. Llega don García con los esperados refuerzos en hombres y caballos, animal terrorífico para el indio. Los españoles ordenan su batalla y parten en busca del enemigo, cruzando el río Biobío. Encuentran al grueso del adversario con Caupolicán al frente. Nueva derrota de los araucanos.

Después, teoría de batallas, combates, encuentros, incursiones; don Alonso da muestras de su valor día tras día, destacando, gigante entre gigantes, sus altos hechos de armas en la batalla de Millarapué. Su alma de poeta adivina sin duda que, a un hemisferio de distancia, el Príncipe Manuel Filiberto de Saboya, General del Imperio, asesta a los franceses el mazazo de San Quintín. Las nubes de Europa y las cumbres andinas quieren tomar silueta de rígida arquitectura, y las pelotas de piedra de las bombardas semejan bolas escurialenses en danza de guerra y de victoria. De su propio comportamiento en Millarapué dice Ercilla en «La Araucana»:

*Envueltos de coraje en blanca espuma
están los dos Guzmanes y Ahumada,
y don Alonso, haciendo por la espada
aún más de lo que dijo por la pluma.*

La traición de un indio ocasiona la captura de Caupolicán, su prisión y su muerte. Ercilla, el caballeresco Ercilla, censura estos hechos. Caupolicán mereció ser muerto en combate, y con su muerte, dar gloria a un guerrero y no trabajo a un verdugo.

El poeta se une a don García, que se dirige hacia el Estrecho de Magallanes por los valles extremos de la provincia de Chiloé. Desde Carelmaipú y en piragua, con sólo diez compañeros, Ercilla atraviesa el canal de Chacao y desembarca en la isla de Chiloé. El madrileño desea ir más allá, siempre más allá, pisar tierras no holladas por ningún compatriota. Asegura conocer el terreno y, abandonando la compañía de sus diez camaradas, se interna en lo desconocido.

En el canto XXXVI, octava 29, dice haber escrito en el tronco de un árbol:

*Aquí llegó, donde otro no ha llegado,
don Alonso de Ercilla que, el primero,
en un pequeño barco deslastrado
con sólo diez pasó el desaguadero
el año de cincuenta y ocho entrado,
sobre mil y quinientos, por febrero,
a las dos de la tarde, el postrer día,
volviendo a la dejada compañía.*

En su poema hace la historia rimada de la guerra y del temple español, desde el combate de Penco, en agosto de 1557, hasta su inscripción poética en el árbol de Chiloé, a últimos de febrero de 1558. Son seis meses de fiebre huracanada con una sucesión de batallas campales; pero entre ellas se levantan los fuertes de Penco y Tucapel y las ciudades de Cañete de la Frontera y Nueva Concepción. El reducido grupo de colosos se bastó para imponerse a 64.000 guerreros araucanos, haciéndoles 14.000 muertos.

No todo fueron laureles de guerrero y de poeta para Ercilla durante sus años en América. Enemistado con don García, le condenó éste a muerte en público cadalso, a causa de una reyerta que don Alonso tuvo con don Juan de Pineda. Cuando iba a cumplirse la fatal sentencia, ambos reos ya en el lugar del suplicio, llegó en el mismo momento Pedro de Portugal, guardia del Gobernador, con la orden de suspender la ejecución. La pena de muerte contra Ercilla fué conmutada por la de prisión, primero, y más tarde por la de destierro.

Ercilla, héroe y cantor a un tiempo, invertía el tiempo que le dejaba libre la espada en narrar las jornadas gloriosas, componiendo en verso los hechos acaecidos. Así nació y creció su grandioso poema épico «La Araucana», con sus 37 cantos. En las octavas reales que, en número

de 80 a 100 componen cada canto, exalta a la vez que las victorias españolas el valor de los araucanos, ya que Ercilla fué siempre cantor entusiasta de las libertades patrias, sin distinción de pueblos ni de razas.

Dice Menéndez y Pelayo que «La Araucana» es el mejor de nuestros poemas históricos y fué, sin duda, la primera obra de las literaturas modernas en que la historia contemporánea apareció elevada a la dignidad de la epopeya.

El poeta aparece de nuevo en Madrid el año 1563, después de ocho años de aventuras que él llama «el tiempo de mi vida más florido» (canto XXXVII, octava 76). Garibay cuenta: «... y venido a Madrid, donde estaba el católico Rey, le dió cuenta de sus largos viajes y trabajos pasados en su servicio y siendo recibido del con mucho amor y gracia. Pasó con él a Aragón a las Cortes de Monzón».

Ercilla contrajo matrimonio con doña María de Bazán, dama de la Reina Isabel de la Paz, sin que de esta unión hubiera hijos, si bien don Alonso tuvo algunos naturales.

La primera parte del poema se publicó en 1569, con gran aplauso y admiración de españoles y extranjeros.

En 1571 el Rey le concedió el hábito de Santiago, y en el aniversario de la batalla de Millarapué, ganada por el arrojo y el valor de don Alonso, fué armado caballero de la Orden, en la parroquia de San Justo. El gran amor que puso en el servicio del Rey inflama la octava 66 del canto XXXVII:

*¡Cuántas tierras corré, cuántas naciones
hacia el helado Norte atravesando,
y en las bajas antárticas regiones
el antípoda ignoto conquistando!
¡Climas pasé, mudé constelaciones,
golfos innavegables navegando,
extendiendo, Señor, vuestra Corona
hasta casi la austral frígida zona!*

Fiel a estas convicciones, cuando le llegan noticias en 1574 de que el turco asedia el fuerte de La Goleta, en Africa, don Alonso, deseoso de servir de nuevo a su patria, se dirige a Nápoles con ánimo de pasar desde Italia al escenario de la guerra. Llegó a Nápoles tarde, cuando ya La Goleta se había perdido. Se dirige a Roma y, en compañía de su pariente Juan de Zúñiga, visita a Su Santidad Gregorio XIII, que recibe con gran satisfacción al hijo del famoso jurisconsulto Fortún García de Ercilla, a quien conoció el Papa en el colegio de Bolonia. El Sumo Pontífice escucha con gran interés los relatos de Ercilla y, al despedirse, le da su bendición, concediéndole indulgencias extraordinarias.

Nuestro eterno viajero pasó de Roma a Alemania para visitar al Emperador Maximiliano, a su esposa María y a su hijo Rodolfo, que les había sucedido en el trono de Hungría, asistiendo en Praga a la coronación del joven Rey como Soberano de Bohemia.

Se sabe que en 1578 hacía gestiones para la publicación

de la segunda parte de «La Araucana», y que durante largos años desempeñó importantes misiones, en las que siguió demostrando su gran talento, y que le acreditaron como un hábil diplomático. En el canto XXXVII de su poema hace mención de sus fallidos deseos de tomar parte en la expedición del rey Felipe de Portugal.

Pocos datos se conocen de la última parte de su vida. Parece ser que vivió en Madrid, retirado de la Corte, quizás para meditar en las cosas divinas, arrepentido de haber consagrado, en su existencia anterior, muchas más horas a las humanas. El mismo dice:

*El curso incierto de la incierta vida,
tantos años errada y distraída...*

Y también:

*Se encuentra mi cansado barco,
de la adversa fortuna contrastado,
lejos del fin y puerto deseado.*

Es posible que estos versos indicasen un íntimo dolor, por considerar Ercilla que sus servicios merecían más alto galardón, pues después de haber derramado su sangre en tantas ocasiones al servicio de su Patria y de sus Reyes, permaneciese al final algo olvidado, olvido que, a pesar de su modestia, él mismo calificó de injusto, y que atribuía el origen al magnate don García y a sus mutuos rencores.

Por estos años fué censor literario, y el Consejo de Castilla le enviaba con frecuencia libros para ser censurados por don Alonso.

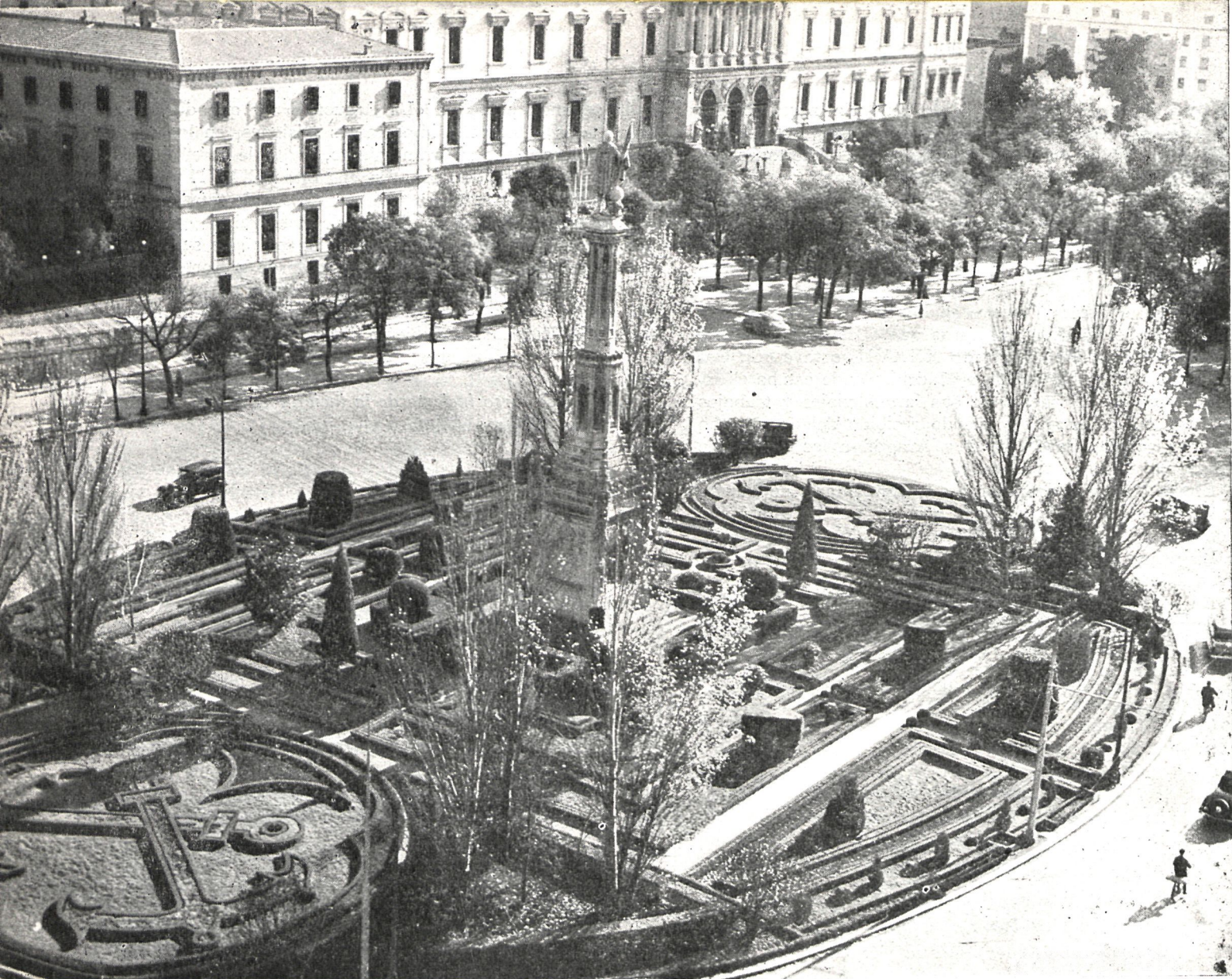
La muerte del infatigable viajero, heroico soldado y gran poeta acaeció en Madrid, el 29 de noviembre de 1594, siendo depositados sus restos en el convento de Carmelitas Descalzas, vulgarmente llamado Baronesas. Pero por deseo expreso de don Alonso, antes de finalizar el año, fué trasladado al convento de Ocaña, reposando en él una existencia rica en valores de espíritu, en bizarría y en lealtad.

*Que aunque esto haya tardado de mi parte,
y reducirme a lo postrero aguarde,
sé bien que en todo tiempo y toda parte
para volverse a Dios jamás es tarde:
que nunca su clemencia usó de arte;
y así el gran pecador no se acobarde,
pues tiene un Dios tan bueno, cuyo oficio
es olvidar la ofensa y no el servicio.*

(Canto XXXVII, octava 75.)

MARÍA DEL ROSARIO BIENES





Monumento a Cristóbal Colón y, al fondo, Biblioteca Nacional.—(Foto Loggorra)

MADRID, UNA DE LAS PRIMERAS CIUDADES TURÍSTICAS del MUNDO

Carácter, franco y acogedor, que es nobleza, simpatía, hidalguía, cordialidad, es el principal atractivo.

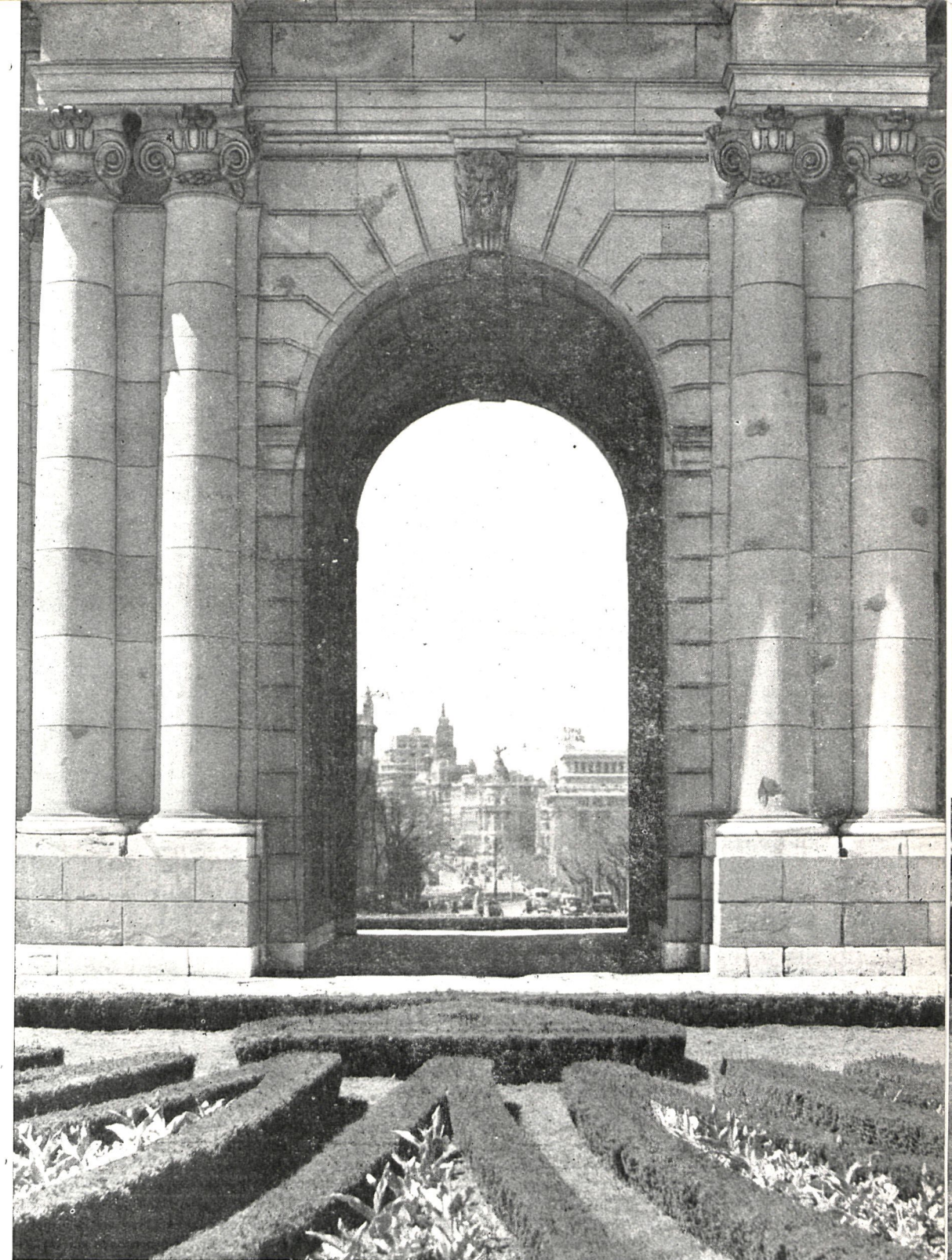
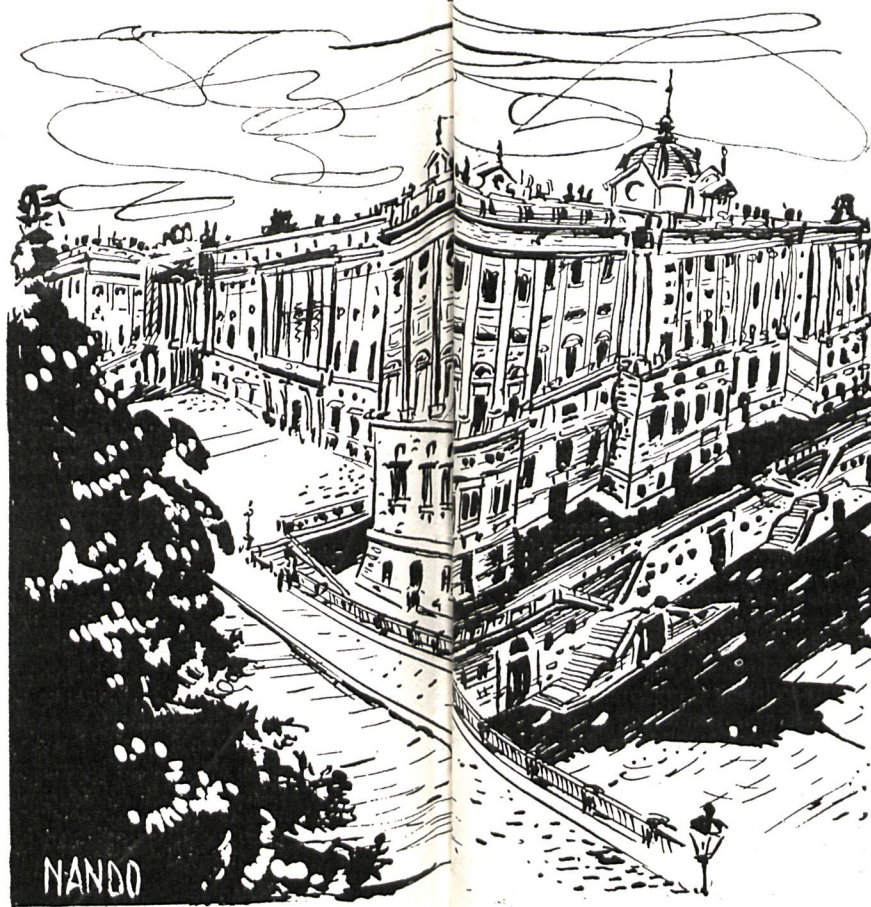
Quien le visita, no sabe cómo dejarle, y es luego el mejor propagandista.

M

MADRID es no sólo ciudad de turismo, una gran ciudad de turismo, simplemente a secas, como muchas otras de quienes tal muy bien puede predicarse, sino de gran turismo. Por muchos y muy preciados títulos que se lo granjean; por muchos y muy legítimos títulos que se lo acreditan; por muchas y muy autorizadas voces que lo proclaman y lo canonizan.

En efecto, Madrid crea turismo, lo atrae, lo polariza, lo canaliza, lo expande, lo fomenta, lo sustenta y, bien así como en mago, poderoso «orionello», vuelve a atraerle a sí, en virtud de potente imán, virtud que acaso ninguna otra ciudad posea, al menos en grado tan alto, en complemento obligado, en saturación de algo que deleitó extraordinariamente y dejó insaciado el deseo, y se viene a buscar lo que en él, aquí, cautivo se quedó, y a gozar nuevamente de aquello que, gustado una vez, tienta irresistiblemente por vivirlo y gozarlo de nuevo, y sentir aquello que en parte alguna se vió igual y que no tiene semejante.

Quien a Madrid viene por primera vez, sea nacional, sea extranjero —y cuanto más ajeno y remoto, más—, queda prendado y prendido del encanto del hechizo de Madrid de tal forma, que le duele abandonar y luego no sabe tener palabras más que para loarlo y enaltecerle. Y Madrid no es, como Roma, un gigantesco relicario y un emocionario creciente de arte, de todas las artes; ni tiene los encantos mundanos —malsanos, diríamos mejor— que otros —de otro orden, desde luego, y más digno y noble—, que hacen de París la ciudad más visitada del mundo; ni posee tampoco todo aquello que distingue a Londres, que no hay por qué enumerar, ni señalar siquiera, y que hacen de ella, pese a su ingrata y densa niebla, una gran población entre las primeras del orbe. Pero tiene Madrid, además de infinitas cosas que después mencionaremos —muchas iguales y muchas superiores a las de las dos capitales nombradas y otras que nombrar podríamos—, tiene Madrid, por sobre todo y único en el mundo, y ello de un valor imponderable —y esto no lo decimos nosotros; lo dicen ellos, los que nos visitan—, su carácter. Esto no tiene par ni precedente, ni es comparable a nada, ni con nada se puede parangonar. Esto es lo que encanta. Hechiza, enloquece a propios y extraños, nacionales y extranjeros, y lo que les hace volver lenguas, al regresar a sus tierras y países, cantando a Madrid, su simpatía, su agrado, su cordialidad, su franqueza, su servicialidad, su cortesía, su alegría, su gracia, su donaire; todo cuanto le es propio y le singulariza, y él prodiga a manos llenas y se esforzará en derrochar, si ello en el madrileño supusiera esfuerzo, cuando en él es tan natural como en el sol iluminar; cuando lo hace con ese gesto, con ese ademán, con esa naturalidad del hidalgo, del gentilhomme y del aristócrata; porque todo eso parece que lleva dentro, por un singular don de lo alto, todo madrileño, sea de la clase, esfera y condición que sea. Así, quien visita a Madrid, no sabe cómo dejarle, y si es extranjero lo retarda y prolonga lo más que puede, haciéndose el juramento solemne de volver en cuanto pueda, y si es nacional le ocurre lo propio, y como factible le sea, por poder aquí desenvolver su vida o ver modo de crearse una nueva, aquí se afina y establece.



La calle de Alcalá, desde la Puerta de la Independencia.

haciendo de Madrid para siempre su nueva y definitiva «patria chica». Tales son, tan fuertes y poderosos, los encantos que Madrid tiene, los atractivos que ejerce sobre quien lo visita.

Si nuestro Hidaigo manchego, en su grave, ponderado y altisonante coloquio con el caballero don Alvaro Tarfe, en el famoso mesón, pudo decir, como dijo —y cuanto dijo muy bien dicho estuvo—, en el más alto elogio de Barcelona, que era «archivo de cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza, única», de Madrid no hubiese dejado de decir tanto y más, de haberle conocido; pero su menguada y corta suerte no quiso concederle semejante merced, infortunio el mayor que a Madrid ha podido acaecerle, pues si no contaría con altísima, encendida loa, que fuera la más señalada y meritoria que hubiesen visto «los pasados siglos, los presentes, ni esperaran ver los venideros», pues a caballero tan gentil y cabal, faltado le habría tiempo para tejérsela y dedicársela, tan justa, ardiente y exaltada como la habría sentido su honrado y agradecido corazón de manchego, y como se la dictara su impar hidalguía y caballerosidad.

Y si éste es su mayor encanto turístico, único en el mundo, la muchedumbre y diferencia que de otros órdenes tiene le granjean, por toda clase de méritos y pronunciamientos, el título de gran ciudad turística, a la altura de las primeras, superior a algunas en muchas cosas y única en no escasas.

El paseo de la Castellana —y dígame desnudo de todo adjetivo, porque cualquiera, por mucha virtud encomiástica que tuviera, lo empuqueñecería—, ¿qué ciudad, llámese como se llame y sea de la nación y continente que sea, tiene otro igual ni semejante? Los jardines del

Buen Retiro, ¿a qué otros escasísimos similares tienen en nada que envidiar? ¿El Parque del Oeste, con las frondas alledañas de la vieja Moncloa —no embargante la destrucción, reparada ya, de la Cruzada—, y la magna Ciudad Universitaria, enhiesta de nuevo y en plena eficiencia docente sus magníficos edificios; todo ello recortándose sobre el velazqueño fondo de la Casa de Campo y la abrupta serranía del Guadarrama, con sus picachos encaperuzados de nieve?

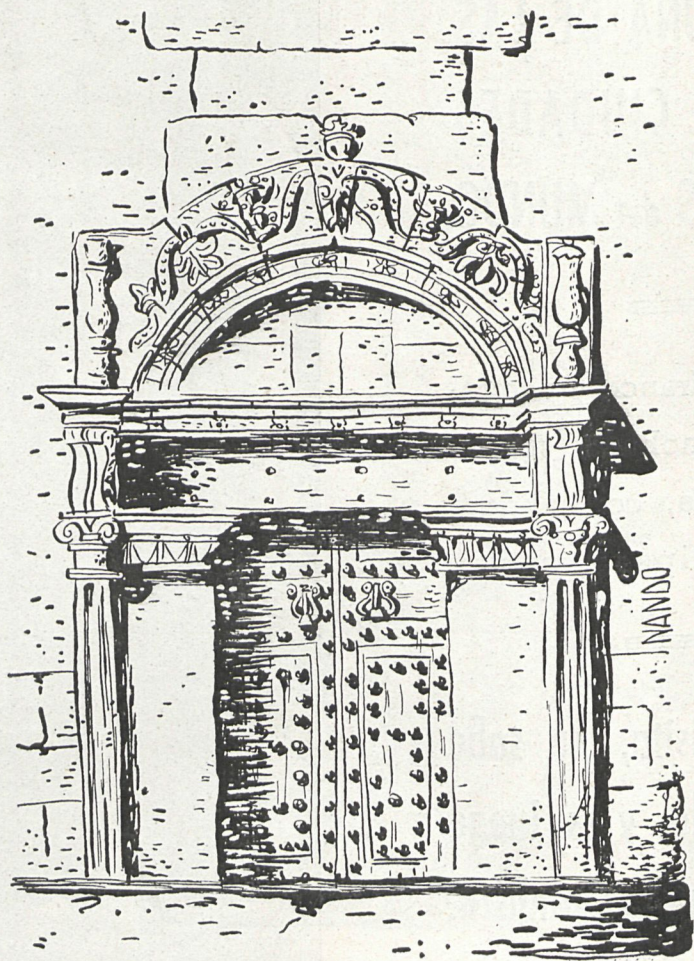
¿Y la joya arquitectónica del Palacio Real, con los múltiples, fabulosos e inigualados tesoros que encierra, adimentado por la parte Este con el ensueño oriental de los jardines del Campo del Moro?

¿Y el Museo del Prado, y no se diga más de nuestra envidiada pinacoteca nacional, si ya no es para nombrar tan sólo unos cuantos maestros españoles —que allí tienen copiosas y nutridas salas—, firmas señeras, ápices de la pintura universal: Velázquez, «el Greco», Murillo, Zurbarán, «el Españoleto», Goya y toda la legión innumera que lo llena y avalora, así por su arte insuperable como por su valía, sin cálculo posible? ¿Y los otros Museos? ¿Y el teatro Real? ¿Y las Academias? ¿Y los soberbios edificios públicos con que Carlos III enriqueció y embelleció a la Corte? ¿Y los templos: San Francisco el Grande, San Jerónimo el Real, Las Calatravas, Las Comendadoras, Las Descalzas Reales y tantos otros, joyas de la arquitectura de su tiempo? ¿Y sus puentes sobre el famoso Manzanares: la Toledana, ejemplar barroco de P. de Ribera; la Segoviana, obra de Juan de Herrera, artífice de El Escorial? ¿Y el embrujo morisco del viejo Madrid de los Austrias, silenciosos y nostálgicos, de tradición y conseja y leyenda? ¿Y el Madrid goyesco y el Madrid galdosiano, tan clásicos, tan típicos, tan evocadores? ¿Y la plaza de Oriente, una de las más bellas del mundo, con sus bellos jardines, la densa y pétreo escolta de los antiguos Reyes de España, alzándose del centro la broncea estatua ecuestre de Felipe IV, una de las mejores —si no la mejor— logradas en su género? ¿Y la del Dos de Mayo, de encanto tan provinciano; y la de Las Comendadoras, tan recoleta, y la de Las Descalzas, tan atrayente, y la de la Paja, tan típica y tan evocadora? Y para cerrar este capítulo de plazas —aún podrían citarse muchas, de singular encanto, pero no tendemos a agotar la materia, a hacer algo «exhaustivo», que se dice ahora por nuestros incipientes literatuelos innovadores y cursiparlangantes—, la Puerta del Sol; y aquí sí que no se diga más, porque sería empezar y no concluir, y pese a no ser la que fué y la que se hizo famosa en el mundo, muerta materialmente —asesinada, diríamos mejor— desde que, quitándole su antigua circulación y tránsito, perdió el ser centro de Madrid, ombligo de Madrid; rango y condición que no puede recuperar, no embargante haberla dejado tan bella y tan pulida, con su golpe de jardinería y fontanas al centro y todo; pero ha perdido su carácter, que era su vida, no quedando más que su enorme historia que flota aún agarrada a lo que resta de su famoso ayer.

Y si a lo moderno miramos, ahí están, dándole categoría de gran ciudad y dignos de ser visitados y admirados, su gran estadio de fútbol, su Monumental Plaza de Toros, su famoso Hipódromo, su gran Campo de Tiro, sus famosas canchas pelotaris. Y si a lo urbano nos atenemos, a toda contemplación y admiración presenta Madrid, ufano y orgulloso, la magnífica traza de las nuevas y espléndidas barriadas que levanta y construye en sus ensanches y diversas orientaciones, las grandes avenidas que por ellos abre, su próspero barrio de Salamanca, las magníficas construcciones que erige a lo neoyorquino en diversos lugares, y que alcanzan alturas colosales, a la cabeza de todo lo cual está, síntesis y exponente de urbanismo moderno que todo lo invade, su Gran Vía de José Antonio, formidable avenida de edificaciones, palacios del comercio, alcázares de la industria, permanente exposición del lujo y del recreo en toda la rica y variada gama de sus concreciones y manifestaciones.

Y si a Madrid se le considera bajo ese aspecto que suele aplicarse más especialmente al turismo, Madrid es, también por toda clase de pronunciamientos y títulos, ciudad turística de primerísimo orden. Por sus alojamientos, que van desde la pensión modesta, pero limpia y confortable, hasta los hoteles de gran lujo, en la múltiple y variada gradación de la hostelería; para todas las fortunas y para todos los gustos, y de todos, en número y calidad para absorber con holgura, esmero y satisfacción, aun la más exigente, toda la corriente turística que a él afluya, como lo está demostrando en los varios años ya que la cada día más creciente ola de turismo le viene visitando. Por sus restaurantes, de los que puede predicarse lo mismo que de los hoteles. Por sus comercios de todas clases, donde nada falta para hallar la mayor demanda, de la clase que sea. Por sus teatros, por sus cines, por sus salas de espectáculos, que igualmente van, en la escala de la vida y de la posición, con lo último en las novedades que el género presenta.

Pues ponte en medios de locomoción para toda clase de viajes y traslado, y monta, que, descontado el servicio interior propio de una gran urbe de su altísima categoría, tiene el turista a su inmediato, rápido alcance, Agencias de Viaje cuantas desee, poderosas, eficientes, que bien por sus normales y constantes rutas establecidas, bien por los elementos y medios los más lujosos y modernos con que cuentan, en el acto atienden, solícitas, todo deseo, organizando y montando cumplidamente el viaje o la excursión que se desee, tanto por el territorio nacional como por el extranjero, sin que de ello se excluya el propio Polo, como de esto se acaba de dar reciente prueba a las



Puerta del regio cenobio de las Descalzas Reales, de general renombre y admiración.

regiones árticas con ocasión de la caza del oso polar y otra forma de aquellas heladas latitudes.

Cómo tiene a su disposición el número de trenes, desde el correo y el ómnibus, al automotor y el Taigo y el surexprés de mayor lujo; cómo a diario parten —y llegan— de las diversas estaciones ferroviarias, siendo ocioso decir que Madrid, centro geográfico de España, lo es por este concepto más que por ningún otro en este orden, ya que de él nacen y en él vienen a morir las principales vías férreas que se extienden por la nación, llegando a todos sus extremos confines.

Y qué decir de su aeropuerto, de ese magnífico, importantísimo puerto de la navegación aérea, de donde a diario y a todas horas parten aeronaves para todos los lugares del mundo, del mismo modo que a él llegan los más modernos aparatos de todas partes del orbe, por lo que estar en Madrid y estar, con toda la rapidez que este invento permite, en Londres, Estocolmo, El Cairo, Nueva York, La Habana, Buenos Aires, es cuestión de eso: de horas más o menos breves —breves siempre—, según la distancia, si es que hoy, después de las modernas aeronaves, se puede hablar de distancias. Por el aeropuerto madrileño de Barajas, el estar en Madrid es casi, al mismo tiempo, estar en cualquier ciudad del globo.

Con lo que de Madrid llevamos predicado —indicado, mejor, que todo ello no es más que un liviano, somero índice, cuando tanto, tanto, con tanta justicia y por tan alto modo, de Madrid predicarse podría—, creemos que bien merece la villa del oso y la madroñera —que el madroño es el fruto, no el árbol, cuyo nombre no es más que madroñera («El que quiera madroños—vaya a la Sierra,— que se vienen abajo—las madroñeras», canta la copla popular)—, bien merece el título de gran ciudad turística. Y lo merece doblemente y por grandes y poderosas razones. Porque su «turistividad» no es pura y simplemente interior, que ya sería bastante, como bien patente queda, pese a ser las pruebas solamente indiciarias; lo es también exteriormente, digamos. Desde Madrid se pueden hacer —son casi obligadas y un verdadero turista no dejará de hacerlas para su extraordinaria y perfecta recordación— varias interesantísimas excursiones que, además de lo que en sí son y representan, tienen por sede el mismo Madrid; es decir, parten de él, se hacen en el día, y al atardecer se está en Madrid nuevamente. Tales, Aranjuez, Toledo, El Escorial, Alcalá de Henares, Segovia, Avila y Gredos. Estas, como más cortas en el tiempo y la distancia, pues que, como dicho queda, pueden realizarse en él otras muchas, más distantes y duraderas, interesantísimas también, y otras de menor interés, pero curiosas y rápidas.